

Mensaje cuatro

La visión del Cristo glorioso

Lectura bíblica: Ap. 1:9—2:1, 7

I. El libro de Apocalipsis es “la revelación de Jesucristo”, y éste es un libro acerca de los vencedores—1:1, 3; 2:7, 11, 17, 26-28; 3:5, 12, 20-21; 21:7; 22:18-19; 12:11:

- A. La Nueva Jerusalén es la totalidad de los vencedores:
 - 1. Los vencedores serán la Nueva Jerusalén en la era venidera, la era del reino milenario, como precursor de la Nueva Jerusalén en la eternidad—2:7; 3:12.
 - 2. En la Nueva Jerusalén en la eternidad, todos los creyentes serán vencedores—21:7.
- B. En el libro de Apocalipsis lo que el Señor desea y edificará es Sion, los vencedores—14:1; Sal. 51:18; 102:21; 128:5; 135:21; Is. 41:27; Jl. 3:17.
- C. A fin de ser constituyentes de la novia vencedora de Cristo (Ap. 19:7), debemos ver la visión del Cristo glorioso presentada en Apocalipsis 1:
 - 1. Estamos en esta tierra por causa de la palabra de Dios (el Cristo revelado) y el testimonio de Jesús (la iglesia que testifica)—vs. 2, 9-20; 19:10.
 - 2. Necesitamos estar en nuestro espíritu para recibir la visión del Cristo glorioso, quien es el Hijo del Hombre en medio de los candeleros de oro—1:10, 13a; cfr. 4:2; 17:3; 21:10.

II. Cristo como Hijo del Hombre es el Sumo Sacerdote, “vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro” (1:13), para cuidar con ternura a las iglesias en Su humanidad y nutrirlas en Su divinidad:

- A. El Hijo del Hombre es Cristo en Su humanidad, el cinto de oro representa Su divinidad, y el pecho es una señal de amor:
 - 1. Cristo está ceñido por los lomos, es decir, fortalecido para la obra divina (Éx. 28:4; Dn. 10:5) a fin de producir las iglesias, pero en Apocalipsis 1 Él está ceñido por el pecho a fin de cuidar las iglesias que produjo por Su amor.
 - 2. El cinto de oro representa la divinidad de Cristo como Su energía divina, y el pecho significa que esta energía de oro es ejercitada y motivada por el amor y con él para nutrir a las iglesias.
- B. Cristo se ocupa de las iglesias en Su humanidad como Hijo del Hombre para cuidarlas con ternura—Ap. 1:13a:
 - 1. Él arregla las lámparas de los candeleros para que estén en una condición apropiada, lo cual significa que nos cuida con ternura para que estemos contentos, complacidos y cómodos—Éx. 30:7; cfr. Sal. 42:5, 11:
 - a. La presencia del Señor provee una atmósfera de ternura y de calor humano que alegra nuestro ser, al brindarnos descanso, consuelo, sanidad, limpieza y ánimo.
 - b. En la iglesia podemos disfrutar la atmósfera placentera producida por la presencia del Señor para recibir el nutritivo suministro de vida—Ef. 5:29; cfr. 1 Ti. 4:6; Ef. 4:11.
 - 2. Él despabila las lámparas del candelero, eliminando todas las cosas negativas que nos impiden brillar—Éx. 25:38:
 - a. La parte quemada del pabalo, la pavesa, representa las cosas que no concuerdan con el propósito de Dios y que deben ser eliminadas, tales como nuestra carne, nuestro hombre natural, nuestro yo y todo lo nuestro que pertenece a la vieja creación.
 - b. Él despabila todas las diferencias que existen entre las iglesias (las faltas, deficiencias, fracasos y defectos) a fin de que sean iguales en esencia, apariencia y expresión—cfr. 1 Co. 1:10; 2 Co. 12:18; Fil. 2:2.
- C. Cristo se ocupa de las iglesias en Su divinidad con Su amor divino, lo cual es representado por el cinto de oro que ciñe Su pecho, para nutrir a las iglesias—Ap. 1:13b:

1. Él nos nutre consigo mismo como el Cristo todo-inclusivo en Su ministerio completo de tres etapas a fin de que crezcamos y maduremos en la vida divina para ser Sus vencedores que llevan a cabo Su economía eterna.
2. Como el Cristo que anda en medio de las iglesias, Él llega a conocer la condición de cada una de ellas, y como el Espíritu que habla a las iglesias, despabila y llena los candeleros con aceite fresco, el suministro del Espíritu—2:1, 7.
3. A fin de participar en Su mover y disfrutar de Su cuidado, tenemos que permanecer en las iglesias.

III. La antigüedad celestial del Señor es representada por el hecho de que Su cabeza y Sus cabellos son tan blancos como blanca lana, como nieve—1:14; Dn. 7:9; Job 15:10; cfr. Cnt. 5:11.

IV. Los siete ojos del Señor son como llama de fuego para vigilar, observar, escudriñar, juzgar al iluminar, e infundir—Ap. 1:14; 5:6; Dn. 10:6:

- A. Los ojos de Cristo llevan adelante el mover y la operación de Dios en la tierra, puesto que siete es el número de compleción en el mover de Dios.
- B. Los ojos del Señor son como llama de fuego y su fin principal es juzgar—7:9-10; Ap. 2:18; 19:11-12.

V. Los pies del Señor son semejantes al bronce bruñido, fundido en un horno, lo cual significa que Su andar perfecto y brillante lo califica para ejercer el juicio divino—1:15a; Ez. 1:7; Dn. 10:6.

VI. La voz del Señor es como estruendo de muchas aguas (Ap. 1:15b; cfr. 14:2), lo cual es un estruendo ensordecedor, el estruendo de la voz del Dios Todopoderoso (Ez. 1:24; 43:2) en su seriedad y solemnidad (cfr. Ap. 10:3).

VII. Cristo es Aquel que sostiene en Su mano a los brillantes mensajeros de las iglesias—1:16a, 20:

- A. Los mensajeros son las personas espirituales de las iglesias, los que sobrellevan las responsabilidades por el testimonio de Jesús.
- B. Los mensajeros, cuya naturaleza es celestial y tienen una posición celestial al igual que las estrellas, son aquellos que tienen un mensaje fresco de parte del Señor para Su pueblo—2:1a.
- C. Dado que los hermanos que toman la delantera están a Su diestra, ellos no tienen que retraerse, pues en realidad es Cristo quien asume la responsabilidad por Su testimonio.

VIII. De la boca de Cristo sale una espada aguda de dos filos, la cual es Su palabra que discierne, juzga y aniquila a fin de hacer frente a las personas y las cosas negativas—1:16b; He. 4:12; Ef. 6:17.

IX. El rostro de Cristo es como el sol cuando resplandece en su fuerza (Dn. 10:6) con miras a la iluminación que juzga para traer el reino—Ap. 1:16c; Mt. 17:2; cfr. Mal. 4:2; Jue. 5:31; Mt. 13:43.

X. Cristo es el Primero y el Último, lo cual nos asegura que nunca dejará Su obra incompleta, y es el Viviente, que hace que las iglesias, la expresión de Su Cuerpo, sean vivientes, frescas y fuertes—Ap. 1:17-18a.

XI. Cristo tiene las llaves de la muerte y del Hades—v. 18b:

- A. La muerte es la que recoge y el Hades es el que guarda, pero Cristo anuló la muerte en la cruz y venció el Hades en Su resurrección—2 Ti. 1:10; Hch. 2:24.
- B. Si permitimos que el Señor tenga el terreno, la oportunidad y la manera de moverse y actuar entre nosotros, al ejercitarnos para negar nuestro yo, tomar la cruz y perder la vida de nuestra alma, entonces la muerte y el Hades estarán bajo Su control—Mt. 16:18, 21-26.